ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

¡GUERRA AL EXTRANGERO!

CUADRO LÍRICO-DRAMÁTICO

ORIGINAL DE

D. MANUEL CANO Y CUETO,

MÚSICA DEL MAESTRO

D. Benito de Monfort.





MADRID:
OFICINA: SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

9

GUERRA AL EXTRANGERO!



¡GUERRA AL EXTRANGERO!

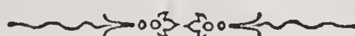
ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

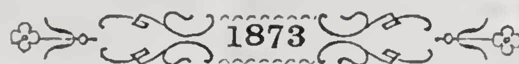
DON MANUEL CANO Y CUETO,

MÚSICA DEL MAESTRO

Don Benito de Monfort.



(Estrenada con brillante éxito en la noche del 1.º de Febrero de 1873, para el beneficio del primer barítono D. Maximino Fernandez, en el teatro de S. Fernando de Sevilla.



SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DEL CÍRCULO LIBERAL,

MURILLO, NÚM. 6.

PERSONAJES.		ACTORES.
MARIA	Srta. D.ª	Amalia Maldonado.
PERICO.	» »	Arsenia Velasco.
ENRIQUE.	Sr. Don	Rosendo Dalmau.
JOSÉ.	» »	Maximino Fernandez.
ALDEANA 1.ª	Sra.	Montañes.
ALDEANA 2.ª	Srta.	Martinez.
ALDEANO 1.º	Sr.	Pastor.

Aldeanos, Aldeanas, Niños. Coro general.

La accion pasa en las inmediaciones de Vitoria, horas despues de la batalla que lleva este nombre.

NOTA IMPORTANTE.—Para la letra del canto consúltese á la partitura.

OTRA.—Los Sres. Empresarios que deseen la música de esta obra como todas las del Maestro Monfort, se servirán dirigirse al almacen de música de D. C. Martin, calle del Correo, número 4, ó al autor, calle de Serrano, núm. 44.

Á LOS SEÑORES

MARQUES DE BOGARAYA,

Y

DON TEOBALDO SAAVEDRA,

en prueba del mucho agradecimiento y cariño que les profesa su primo

El Autor.

ACTO ÚNICO.

En la izquierda, primer término, un caserio de pobre aspecto. En primer término tambien y á la derecha una Cruz de piedra. A la derecha en tercer término una ermita. Al fondo, montaña practicable. Es la caida de la tarde. Al levantarse el telon se oyen cañonazos á lo léjos.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ, VIEJOS, MUGERES Y NIÑOS, *divididos en grupos, unos hincados de rodillas ante la Cruz, otros de pié, y todos escuchando atentamente el ruido de los cañonazos.* JOSÉ *de pié junto á la Cruz.*

MÚSICA.

JOSÉ. ¡Escuchad! ¡Escuchad!
¡Cuántos Dios mio!
cuántos morirán!

CORO. De nuestros pobres hijos
apiádate Señor;
cúbrelos con un manto
de bendicion.

JOSÉ. Marcharon al combate
su sangre á derramar,

marcharon á la muerte
gritando libertad!
Cuántos ¡cuántos se fueron!
cuán pocos volverán!

CORO. De nuestros pobres hijos
Señor, ¡tened piedad!

JOSÉ. Escuchad.—Nada se oye
la batalla al fin cesó.
Ay! quien será el vencido!
¿Quién será el vencedor?

CORO. A escape corriendo
viene uno hácia acá

JOSÉ. ¡Es Perico!

CORO. Perico
Noticias nos dará
Perico! Perico!

ESCENA II.

DICHOS, PERICO. *Vendrá corriendo por la montaña, con un fusil al hombro. Todos le rodean.*

PERICO. ¡Vengo mortal!
Ay! amigos mios,
me voy á desmayar,
parece que mis piernas
se quieren escapar.
Os traigo una noticia
que no me deja hablar.

JOSÉ. Habla Perico.

CORO. Habla,
habla por caridad.

PERICO. Por la pátria las armas tomé
de cobarde troqueme en un Cid,

por la pátria mi niña olvidé,
por la pátria corrí yo á la lid.
Ay de mí!
lo que hoy ví
jamás olvidarlo podré.

CORO. Por la pátria las armas tomó,
de cobarde trocose en un Cid,
por la pátria su niña olvidó,
por la pátria corrió él á la lid.
Cuenta pues,
cuenta pues.

PERICO. ¡Como los truenos
de una tempestad,
oí de los cañones
el pim—pom—pim—pam!
Como en la tormenta
ruge el vendabal,
oí de los fusiles
el ram—plam—plam—plam.
¡Por todas partes
mil hombres muertos,
por todas partes
vi sangre y fuego,
llanto y dolor.
Yo me palpaba,
me preguntaba,
si estaba vivo,
cuando una voz
oí que gritó,
¡Victoria! ¡Victoria!
al francés se derrotó.

CORO Y JOSÉ. Victoria! Victoria!
¡Gracias oh Dios!

JOSÉ. Que importa que en la guerra,
sucumban nuestros hijos,
si libran á su pátria

de infame esclavitud.
Los que luchando mueren
por la querida España,
alcanzarán la gloria
detrás del atahud.
¡Guerra y venganza
guerra al francés!

CORO. Guerra y venganza
guerra al francés.

JOSÉ. Al rimbombe del ronco cañon
por España y por Dios pelead
defended de la pátria el honor,
de la Iberia al francés espulsad
Hijos del Cid,
corred á la lid,
morid pero matad,
gritad, gritad,
¡Venganza y guerra!
¡Guerra al francés!
¡España y libertad!

(El coro repite)

HABLADO.

JOSÉ. Mas nos querrás esplicar...?

PERICO. Como la derrota fué?
Lo que es eso, no lo sé,
yo solo sé pelear.

ALDEANA 1.ª Tu pelear! que patraña!

PERICO. Si, Tomasa.

ALDEANA 1.ª ¡Que guerrero!

PERICO. Para echar al extrangero,
no hay cobardes en España.

ALDEANO 1.º Bien dicho!

PERICO. Si por gallina

en el pueblo me tuvisteis,
es, porque jamás me visteis
luchando en la tremolina.
Y si he podido temblar
en el sangriento reñir...
¡No fué miedo de morir
fué miedo de no matar!

ALDEANA 1.ª Vienes otro.

JOSÉ. Justamente.

PERICO. Es, que yo soy, sin alarde,
léjos de ellos, ¡muy cobarde!
cerca de ellos ¡muy valiente!
¡Poder de Dios! y que dia!
¡que estruendo! ¡que barahunda!...
Vamos, que Dios me confunda
si oí mayor algarabia...
¡Que era tan grande el zumbido
de gritos, ayes y quejas...
que ni un corro de mil viejas
podrá meter tanto ruido...
Mil caballos galopando,
corriendo cien escuadrones,
y tronando los cañones
hierro y fuego vomitando...
Uniformes blancos, rojos...
infantes y caballeros,
y el sol dando en los aceros
y al par hiriendo los ojos.
Fuego y sangre por dó quiera,
Gritos de muerte! venganza!

JOSÉ. Y entre todo, una esperanza
que á la victoria acelera...
¡Ver libre á la pátria mia!

PERICO. Verla sin infame yugo.

ALDEANO 1.º Arrojar de ella al verdugo.

PERICO. Lo ha conseguido este dia,

JOSÉ. Bien Pedro, muy bien, asi
te quiero ver, hijo mio!

PERICO. *(Viendo á algunas mugeres que lloran.)*
Cuando llorais, yo me rio...
Mas no que lloro ¡ay de mi!
Ya veis que aunque mal me cuadre
soy cobarde... lloro ahora...

JOSÉ. *(Abrazándolo.)* Perico!

PERICO. No veis que llora
por sus hijos esa madre...

ALDEANA 2.ª Juan! José!

PERICO. Los dos murieron!

ALDEANA 1.ª ¡Cuánto luto!

ALDEANA 2.ª ¡Cuánto llanto!

PERICO. España es un campo santo...

JOSÉ. Que los franceses abrieron.

PERICO. Guerra cruel! tu memoria
honrará la pátria amada,
página será sagrada,
en el libro de la historia.

JOSÉ. El grito del Dos de Mayo
cruzó la ibérica tierra
y se oyó ¡venganza y guerra!
desde Calpe hasta Moncayo.
Guerra, gritó, á sangre y fuego,
el vasco y el catalan;
guerra, gritó con afan,
el andaluz y el gallego;
guerra, rugió el castellano
y á su aliento de leon,
se despertó el Aragon
ardiendo en furor insano.
Y los sangrientos clamores
que se alzaron de este suelo
llegaron pidiendo al cielo
¡guerra á muerte á los traidores!

Y cuando guerra escucharon
en el hispano recinto
el del Carpio y Cárlos quinto,
de sus sepulcros se alzaron.
A España vieron tambien
gloriosa, que ayer habia
Roncesvalles y Pavia
y hoy Zaragoza y Bailen.
¡Guerra y venganza! el cañon
entre fuego pregonaba,
¡guerra y venganza! clamaba
colérica la nacion.
Y el ronco grito que aterra
al enmudecido mundo
de la tierra hasta el profundo
bajó pregonando guerra;
y las estrellas y el sol
llenos de miedo oscilaron...
¡Y hasta los cielos temblaron
oyendo el grito español!
El mismo Titan de gloria,
ese génio sin segundo,
que cruzó triunfante el mundo
é hizo esclava á la victoria,
al contemplar esta lid,
forzado á retroceder,
grita ¡no podré vencer
son nietos dignos del Cid!
España los planes trunca
del que la cree envilecida
quizás podrá ser vencida...
pero dominada ¡nunca!
El grito del Dos de Mayo
fué el rugido del leon.
¡Qué vale Napoleon
en la pátria de Pelayo!

PERICO. Siento que se vuelve loca
mi alma al haber escuchado
esas palabras.

JOSÉ. Ha hablado
toda España por mi boca.

PERICO. Siento concluya la guerra
y no por mis intereses;
¡quiero matar mas franceses
que frailes tiene mi tierra!

JOSÉ. La batalla en que has luchado
á España cubre de gloria.

PERICO. ¡Es la última victoria!

ALDEANA 1.ª ¡Cuánta sangre habrá costado!

PERICO. Buscando su salvacion
á muchos, á muchos ví
venir corriendo hacia aquí.

ALDEANO. 1.º Que dices?

JOSÉ. No haya perdon!

PERICO. Por ahí corren á bandadas,
huyendo por esas lomas,
como tímidas palomas
por el plomo dispersadas.
Sofocado por mi afan
de veros, un tiro erré...
lo siento, pues no maté
á un bizarro capitan.
Mas ha de estar ese tuno,
á mi parecer, no léjos.

JOSÉ. Al arma!

ALDEANO 1.º Aunque somos viejos.

TODOS. Si, si! *(Vanse todos por la derecha.)*

JOSÉ. Que no quede uno!

PERICO. No vaya usted. *(Deteniéndole.)*

JOSÉ. Eso es!

PERICO. Ya lo creo! *(Cogiéndole las manos.)*

JOSÉ. ¡No batirme!

PERICO. Por Dios!
JOSE. No quiero morirme
sin dar la muerte á un francés.
¡Desperdiciar la ocasion,
no aprovechar este dia!...
PERICO. Quiero hablarle de Maria.
JOSE. (*Aparte.*) (Me ha partido el corazon.)

ESCENA III.

JOSÉ, PERICO.

PERICO. Oígame usted por piedad,
oígame usted con el alma.
Pasé al lado de Maria,
dulces años de mi infancia,
al par crecimos y ella
de niña hermosa y lozana,
trocose en la flor mas linda
de nuestras verdes montañas.
Yo que no tenia otro abrigo
que el de mi buena madrasta,
la cual á golpes me hacia
que hasta en invierno sudara,
crecí tan miedoso, que
todo miedo me causaba.
Miedo me daba mi sombra,
miedo todas las estacas
por saber que todas ellas
medirian mis espaldas;
miedo del cura, que es sordo,
y que al confesar gritaba
¡malo! ¡malo! aunque el pecado
no fuera cosa muy mala.
De mi se mofaban todos,

todos de mi se burlaban
y únicamente Maria,
ó por cariño ó por lástima
consolaba mis pesares,
mis lágrimas enjugaba,
y mas que mi dulce amiga,
era el ángel de mi guarda.
Una noche, allá en las fiestas,
cuando conmigo bailaba,
le dije,—Maria, te amo.

JOSÉ. Y que te respondió?

PERICO. Nada.
Pero si nada me dijo
fué que rubor le causaba
confesar su amor, es claro
¡quien puede querer á un mandria!
Yo dije para mi sayo,
¡vamos á hacer una hombrada!
y al ver que todos los mozos
del pueblo tomaban armas,
al hombro me eché un fusil
y salí á hacer la campaña.
Y el cobarde que temia
al cura y á la madrasta,
oyó tronar los cañones
y escuchó silvar las balas,
no recordando otra cosa,
que su amor y que su pátria!

JOSÉ. ¡Dios te bendiga! hijo mio!

PERICO. Ahora llego con el alma
á pedirle á usted su mano.
¡Ella es mi bien, mi esperanza!

JOSÉ. Ella pobre.... tu tambien...

PERICO. Y que importa? Si me ama
contigo pan y cebolla,
dice el refran.

de tu generosa marcha
á casa de unos parientes,
esperando yo que hallara
en la ciudad mas defensa,
que en estas pobres montañas,
contra esos tigres feroces
que el suelo español desgarran.
No sé que fué, mas un dia
volvió á mi pobre morada
llorando ¿que pasó allí?
No lo sé.—Mas ella, pálida
cual las marchitadas rosas
que el sol veraniego abrasa,
no tiene ya aquel perfume
con que á mi pecho embriagaba.

PERICO. Bah! bah!—Temores de padre.
Ella está triste.—Esa planta
vá poniéndose amarilla,
porque le falta ¡caramba!
le falta... le falta... vamos!..
¡yo sé bien lo que le falta!

JOSÉ. Aqui viene. ¡Plegue al cielo
que fuese tu amor la cáusa!

ESCENA IV.

DICHOS Y MARIA. (*Sale de la ermita, triste y con inseguro paso.*)

PERICO. Maria! (*Corriendo hácia ella.*)

MARIA. (*Viniendo hácia él.*) ¡Pedro!

JOSÉ. (*Ap.*) (Dios mio!
¡mas triste que esta mañana!)

MARIA. Gracias al cielo que vienes
á la aldea. ¡Tantos marchan
y no vuelven!

PERICO. Porque son
cobardes, porque son mándrias,
pero yo, ¡soy muy valiente!
mucho! mucho!—No lo estrañas?
y los valientes no mueren
que los respetan las balas.
Me he hecho valiente por ti.
JOSÉ. Ya quedas acompañada.
PERICO. ¿Se marcha usted?
MARIA. ¡Padre mio!
JOSÉ. (*Ap.*) (¡Mas triste que esta mañana!)
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

MARIA Y PERICO.

MÚSICA.

PERICO. Mírame á tus plantas, (*Arrodillándose.*)
y ten caridad,
mira que lo pido
con necesidad.
MARIA. Alza del suelo.
PERICO. No,
que á tus piés, bien mio,
quiero morir yo.
Blanca es tu mano mi niña
cual las espumas del mar,
y tus mejillas son rosas,
y tus lábios son coral.
Pero tienes, niña mia,
negros como mi dolor,
tus ojitos, tus cabellos,
y de nieve el corazon.
MARIA. Negros son mis pensamientos,

JOSÉ. Tus palabras
despiertan en mí recuerdos
que el corazon me desgarran.

PERICO. ¿Que dice usted?

JOSÉ. Conocistes
á mi niña idolatrada,
hermosa....

PERICO. ¡Como una Vírgen!

JOSÉ. Risueña...

PERICO. ¡Cual la alborada!

JOSÉ. Alegre...

PERICO. ¡Como las aves!

JOSÉ. Pues de esas dichas pasadas
ya no restan ni las sombras.

PERICO. ¿Que dice usted? ¿Está mala?
¿Está enferma?

JOSÉ. ¡Muy enferma!

PERICO. ¿Pero que le duele?

JOSÉ. ¡El alma!

PERICO. ¡Jesús! ¡Y qué regocijo!
Si todo mi cuerpo salta
de alegria!

JOSÉ. ¿Estás demente?

PERICO. El gozo mi pecho embarga.
¿Conque está enferma? Ay que gusto,
¡Muy enfermita del alma!...
Concédame V. su mano.
Ella es mi bien, mi esperanza.

JOSÉ. ¿Qué dices?

PERICO. De su dolencia
será mi ausencia la cáusa.
Yo vuelvo sano y completo,
con dos ojos en mi cara
para mirarme en sus ojos,
con estas manos tostadas
para hacerla mil cariños

en las rosas de su cara.
¡Qué gusto! Enferma por mí,
por mi, sí, por mi.

JOSÉ. Te engañas.
Durante tu larga ausencia
no habló de tí una palabra.

PERICO. ¿Y eso, que importa? ¡Pardiez!

JOSÉ. Si de combates le hablaba
y tu nombre repetia
temiendo que alguna bala
te arrebatara del mundo,
ella por tí á Dios rogaba
pero jamás ví en su rostro
esas súbitas mudanzas
que hacen salir al semblante
las mas escondidas páginas
que escribe amor en el pecho.

PERICO. Porque amaba lo ocultaba.
Usté es su padre, y es claro,
el amor siempre se calla,
pero estoy mas que seguro
que en su aposento encerrada
al recordarme vertia
lágrimas...

JOSÉ. ¡Si, muchas lágrimas!

PERICO. Lo vé usted.

JOSÉ. Mas de su llanto
ignoro cual es la cáusa.
Empezó...

PERICO. Cuando partí
del pueblo, la cosa es clara.

JOSÉ. Empezó cuando volvió
de la ciudad que tomada
por las huestes invasoras
aun gime llorando esclava.
Allí fué á los pocos dias

¡Tormento horrible!
Si pasamos los años
de nuestra infancia
confundidas en una
nuestras dos almas.....

MARIA. ¡Dichosos años!

PERICO. Quiéreme.

MARIA. Ya te quiero.

PERICO. Mas.....

MARIA. Como á hermano.

PERICO. *(Páusa)* Eso es decirme inícua
que no te quiera.
¡Si yo quiero casarme!
Dí mi sentencia.

MARIA. Pedro perdona.

PERICO. ¿Qué me contestas?

MARIA. Nada.
Que ames á otra.

PERICO. ¿Qué dices? ¡Que á otra quiera!
Fuera imposible.
¿Cómo arrancar un roble
si echa raices?
Mátame pronto.
Di ¿por qué no me quieres?

MARIA. Porque... amo á otro.

PERICO. *(Páusa).* Lo escuché, y no me he muerto?
Me marcho, ingrata.
¡Infeliz del que quiere
con toda el alma!
¡Suerte traidora!
¡Ella, que era mi cielo
mi bien, mi aurora!

MARIA. ¿Lloras?

PERICO. Mienten mis ojos.

MARIA. Escucha Pedro.

PERICO. Ya no quiero escucharte.

MARIA. *(Ap.)* (De pena muero).
PERICO. Me voy, me marcho.
(Ap.) (Ya no volveré á verla
porque ¡ay! la amo).
(Páusa.) En el primer encuentro
con los franceses
me haré matar.
MARIA. (¡Dios mio!)
Pedro, detente.
¡Pedro!
PERICO. Me marcho.
MARIA. ¿Te vas?
PERICO. Me voy riendo. (*Vase por la derecha.*)
MARIA. ¡Se vá llorando!
Volverán sus sonrisas,
con la alborada;
más ¿cuándo de mis ojos
huirán las lágrimas?
¿Cuándo?—En un dia.
Allá cuando la muerte
corte mi vida.

ESCENA VI.

—

MARIA.

Siento con tristes enojos,
presa el alma de quebranto,
brotar arroyos de llanto
de las fuentes de mis ojos.
(Se arrodilla ante la Cruz.)
¡Señor! Te pido de hinojos
que consueles mi dolor,
y pues morir es mejor

negros como mi pesar,
negras son mis esperanzas,
negras cual la realidad.
Negra tengo el alma mia,
negra como mi dolor,
y mas negro que mis ojos
tengo yo mi corazon.

PERICO. Ámame por piedad
diga tu boca un sí,
¡ay! no me mates, nó,
ten compasion de mí.

MARIA. Cállate por piedad
no me hagas mas sufrir,
¡ay! no me mates, nó,
ten compasion de mí.

HABLADO.

—

PERICO. Por tí luz de mis ojos,
prenda querida,
me he trocado en valiente
siendo un gallina;
pero al mirarte
á mi pesar, yo siento
que soy cobarde.
Que en tus ojos, bien mio,
tal lumbre brilla,
que parecen tus ojos
dos baterías.
¡Mírame ingrata,
aunque me mate el fuego
de esa metralla!
Mas ¿qué tienes María?
¿Por qué ese llanto?

¡Amor de mis amores!
¡dueño adorado!
¡Quiero morirme
antes que ver tus ojos
tristes! ¡tan tristes!

MARIA. Pedro, sella tu boca
si es que me amas.
No quieras de mis penas
saber la cáusa,
porque al decirla,
por mi boca escapára
toda mi vida.
Un secreto terrible
guardo en mi pecho
y acabará la muerte
con mi secreto.

PERICO. Mas.....

MARIA. Calla, calla.

PERICO. ¿No ves que estoy llorando?

MARIA. Mira mis lágrimas.

PERICO. Lágrimas que se mezclan
unas con otras,
se cuentan confundidas
tristes historias.
¿Son las tuyas?

MARIA. De penas.

PERICO. Tambien las mias.

MARIA. ¿Son las tuyas?

PERICO. Mi muerte.

MARIA. Muerte es mi vida.

PERICO. ¡Pluguiera á Dios del cielo
que en la batalla
me trajera la muerte
francesa bala!

MARIA. ¿Quieres morirte?

PERICO. ¿Qué es sin tu amor mi vida?

que vivir de aquesta suerte
corte mi vida la muerte,
pues no hay vida sin honor.

(Inclina la cabeza sobre el pedestal de la Cruz en actitud meditabunda. Momentos de silencio. Gritos lejanos la conmueven. El vocerío irá acercándose hasta hacer inteligibles las palabras.)

ESCENA VII.

—.

MARIA, JOSÉ, VOCES DENTRO.

1.ª VOZ *(dentro)* Por aquí.
JOSÉ *(dentro.)* ¡Muera!
MARIA. Esas voces?
1.ª VOZ *(dentro)* ¡Por el cerro, por el cerro!
JOSÉ *(dentro.)* ¡Matadle!
MARIA *(corriendo hácia el segundo término de la derecha.)*
¡Padre!
JOSÉ *(entra en escena corriendo y con una hacha en las manos.)* ¡María!
MARIA. ¡Padre, padre mio! ¿que es eso?
Esas voces...
JOSÉ. Damos caza
á un francés que viene huyendo.
Ya hemos dado con la pista:
su caballo ha caido muerto
al pié del bosque. El ginete
no escapará ¡por San Pedro!
VOCES *(dentro)* Por este, por este lado.
OTRAS *(id.)* ¡Muera, muera!
JOSÉ. Vé tú dentro.
MARIA. Pero, padre.....

José (*empujándola dentro de la casa*).
Si le mato
¡pardiez! moriré contento.
(*Váse por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

Enrique.

(*Algunos momentos queda sola la escena. Enrique, sin casco, en completo desórden sus vestidos, y lleno de agitacion aparece en escena por la montaña del fondo.*)

MÚSICA.

No quiero mas huir,
no quiero mas guardar
una vida que ódio,
que maldecida está.
¡Francia! pátria del alma,
no te veré ya más.
¡Madre! tus dulces brazos
no volveré á estrechar.
¡Que recuerdos agitan mi mente!
recuerdos de dolor.
El huracan bramaba fiero,
noche de espanto,
noche de horror.
Entre sus sombras fúnebres
arrebaté su dicha,
arrebaté su honor.
María, María mia,
adonde estás mi bien,
Pátria, madre, María

ya no os volveré á ver.
María, María,
perdóname.

ESCENA IX.

ENRIQUE, MARIA.

DUO.

MARIA. (*Sale de su casa y al ver á Enrique corre á él y se echa en sus brazos.*)
¡Enrique!

ENRIQUE. ¡María!
Es un sueño? es ilusion?

MARIA. Gracias, Dios mio!

LOS DOS. { Pues vuelvo á verla }
{ gracias oh Dios! lo }

MARIA. Enrique, Enrique mio,
mi bien, mi paz, mi dicha,
la vida de mi alma,
mi tierno y dulce amor.
Deja que te contemple,
deja que yo te mire,
déjame que suspire
y arroje mi dolor.

ENRIQUE. Amor de mis amores,
mi eden, mi paz, mi dicha,
la vida de mi alma,
mi tierno y dulce amor.
Deja que te contemple,
deja que yo te mire,
déjame que respire
tu aliento embriagador.

Supremo momento
de dicha sin igual,
¿quién estos dulces lazos
podrá romper jamás?

MARIA. Amarte es mi ventura,
ENRIQUE. Amarte es mi ambicion.
MARIA. Siempre yo te amaré.
ENRIQUE. Siempre te amaré yó.
LOS DOS. { Vivir, morir
yo quiero así.

HABLADO.

—

MARIA. ¡Cuánto llanto he derramado
sin verte, mi bien querido!

ENRIQUE. ¡Y cuánto llanto he vertido
sin verte, dueño adorado!

MARIA. Me amas, dime?

ENRIQUE. Yo no sé
si es amarte, vida mia,
cifrar en tí mi alegria,
mis esperanzas, mi fé...
mi bienestar, mi fortuna
y por tí, perder la calma,
y ser tu alma, mi alma,
siendo dos almas en una.
Tener un remordimiento,
cuando yo no pienso en tí,
y tener ¡pobre de mí!
mi vida en tu pensamiento.
Verte al despuntar la aurora
de la cándida mañana,
verte en la cumbre lejana
del sol que los montes dora.

Oir tu voz en el trovar
del amante ruiseñor;
beber tu aliento en la flor
que comienza á despuntar.
Ver tu imágen, sin mirarte,
oir tu voz, sin oirte,
quejas y amores decirte,
sin yo poder escucharte.
Yo no sé si esto es amar,
pero si esto no es amor,
dime tú, ángel de candor,
¿qué he de hacer, para adorar?

MARIA. Yo no entiendo porqué arcanos
te adoro....¡Si eres francés!

ENRIQUE. Es que el amor, si amor és,
á todos nos hace hermanos.
¿Qué importan luchas de hombres
por el rencor divididos..?
los corazones unidos
se aman con distintos nombres.

MARIA. ¿Mas cómo yo logro verte?
Esta dicha ambicionada.....

ENRIQUE. Es la última jornada
en la senda de mi muerte.

MARIA. ¡Morir tú! ¡Cielo divino!
¡Morir!

ENRIQUE. Soy francés.

MARIA. ¡Me aterra!

ENRIQUE. Soy un francés, y en tu tierra
morir es nuestro destino.
Y á la verdad, sin alarde...

MARIA. Calla, escucharte no puedo...

ENRIQUE. Yo que jamás tuve miedo,
ahora me encuentro cobarde...
Que hallar la muerte luchando,
espanto no me causára...

mas morir viendo tu cara,
viendo tus ojos llorando...
es la muerte mas terrible...

MARIA. Escuchas....?
(Lejanas y confusas voces de gentes, que irán acercándose hasta el final de esta escena.)
¡Dios mio! Esas voces...

ENRIQUE. Los hace el ódio feroces.

MARIA. Huye, sálvate.

ENRIQUE. Imposible!
Que parecen...

MARIA. ¡Ay de mí!

ENRIQUE. Corriendo por esos cerros
hambrienta jáuria de perros
dando caza á un javalí.

MARIA. Pero yo te salvaré.

ENRIQUE. Oh! ¡no, no!

MARIA. ¡Mal que te cuadre!
Yo le contaré á mi padre...

ENRIQUE. (*Aterrado.*) ¡Calla, calla! (*Ap.*) (¡Qué escuché!)

MARIA. Y cuando me vea sin honra,
en tí hallará el noble anciano,
no un francés, sino la mano
que ha de lavar su deshonra.

ENRIQUE. ¡Maria!

MARIA. ¡Calla!

ENRIQUE. ¡Ay de mí!

MARIA. ¿No escuchas?

ENRIQUE. ¡Por nuestro amor!

MARIA. ¡Por mi honor!

ENRIQUE. Oh! por tu honor.

MARIA. (*Empujándolo dentro de la casa y cerrándo detrás de él la puerta.*)
Entra, entra, ahí, ahí!

ESCENA X.

MARIA, JOSÉ.

MARIA. ¡Padre! ¡Padre!
JOSÉ. En vano, en vano
registramos la montaña,
¡ni un solo francés se encuentra!
MARIA. *(Echándose en sus brazos.)*
¡Padre!
JOSÉ. ¡Tus manos abrasan!
¿Tu has llorado?
MARIA. ¡Mucho, mucho!
JOSÉ. ¿Qué tienes, hija del alma?
MARIA. *(Cayendo á sus piés.)*
¡Padre, perdon!
JOSÉ. ¡Hija mia!
perdonarte y de qué falta?
Tú la niña mas hermosa
y pura de estas montañas? *(Levantándola.)*
MARIA. ¡Padre, perdon!
JOSÉ. En mis brazos,
cuéntame niña adorada
la cáusa de tus pesares
y el motivo de tus lágrimas
que consuelos cariñosos
yo sabré dar á tu alma
mas no perdon, que tu pecho
libre está de toda mancha.
¡Plegue á Dios que yo te escuche,
y sepa por fin la cáusa
de esas lágrimas que ocultas
de esos pesares que callas.
MARIA. ¡Padre! á tu lado risueña
pasé la edad de mi infancia,

edad feliz y tranquila,
en que no soñaba el alma
mas qne con aves y flores
y sonrisas y esperanzas.
Hace mucho tiempo, ¡mucho!
entre la alegre algazara,
de la romería, que hubo
en la ermita de Santa Ana,
miraron mis tristes ojos
y ¡ojalá no le miraran!
á un mancebo tan gentil,
que al encontrar su mirada,
en la cárcel de sus ojos
dejé presa toda el alma.
Vine al pueblo—y vino al pueblo...
Una noche á la luz clara
de la luna... derramando
mis ojos ardientes lágrimas
le vieron partir del pueblo,
mas no fué por mi desgracia
tan ligera su partida
que libre al alma dejára.
Chispa de fuego, la ausencia
convirtió en ardiente llama,
y hoy padre, hoy es incendio
que me devora y abrasa.....
Al par estalló la guerra,
y á la ciudad inmediata
me llevásteis recelando,
quizás, menores desgracias
que las que me han sucedido.

JOSÉ. ¡Maria! ¿qué dices? ¡habla!

MARIA. Una noche...

JOSÉ. ¡Me estremezco!

MARIA. Aun tiemblo yo al recordarla.
Una noche ¡padre mio!

en que el huracan bramaba,
entre el fragor de los truenos,
se oyó terrible algazara.
Del lecho despavorida
lanceme, crucé la estancia,
y por saber mi infortunio
me avalancé á la ventana.
¡Qué cuadro vieron mis ojos!
En confusion apiñada
mugeres, niños, ancianos,
corrian, se atropellaban,
huyendo de los franceses
que sedientos de matanza
entraban á sangre y fuego,
iglesias, conventos, casas...
¡sangre y fuego! ¡Fuego y sangre!
por donde quiera miraba,
y lamentos y suspiros,
y quejidos y plegarias.
Allá léjos mil blasfemias,
gritos de ¡muerte y venganza!
puertas que rotas caian,
techumbres que se incendiaban,
y galopar de caballos,
y estallidos de metralla.
No sé padre qué sentí,
que sentí dentro del alma,
se oscurecieron mis ojos,
no hallé voz en mi garganta,
no hallé fuerzas en mi cuerpo...
y... ¡padre mio!

JOSÉ. ¿Porqué callas?
Continúa...

MARIA. ¡Padre mio!
Cuando las primeras áuras
del dia siguiente, vinieron

á darme la vida, el alma
perdí, que estaba en los brazos
del hombre á quién adoraba.

JOSÉ. ¿Qué escuché! ¿Mintió mi oido?
Sigue...

MARIA. ¡Padre!

JOSÉ. Habla, habla.

MARIA. Yo no sé lo que le dije,
mas guardo bien sus palabras;
de amor eran... y en mi pecho
de tal modo resonaban
que á sus ánsias otorgaron
mis ojos respuesta clara.
Si yo desperté en sus brazos,
si su aliento me embriagaba,
si de amor enloquecida
le entregué toda mi alma...

JOSÉ. ¡Calla!

MARIA. ¡Padre!

JOSÉ. No pronuncies,
no pronuncies tal palabra...
porque al pensar que soy padre
la existencia te arrancára
para lavar la mancilla
con que cubristes mis canas.

MARIA. ¡Padre, perdon!

JOSÉ. Dime el nombre,
¡ira de Dios! ¿por qué callas?
Mas, ah! ¡Imposible, imposible!
¿Es... francés?...

MARIA. ¡Perdon!

JOSÉ. ¡Villana!
¡Unir la afrenta del crímen
con la afrenta de la pátria!

MARIA. ¡Padre, piedad!

JOSE. Sella el lábio,

que no escuchen tus palabras,
esa ermita bendecida
donde tu madre descansa,
esos bosques, ese arroyo...

MARIA. Por compasion.

JOSÉ. Calla, calla,
¡que no te escuchen los ecos,
los ecos de esas montañas,
y estremecidos de cólera
publiquen al par tu infamia!
La deshonra vive oculta,
no se manifiesta osada,
ven á ocultar tu vergüenza,
y á beber tus propias lágrimas
en el rincon escondido
de mi ya infamada casa.

MARIA. ¡Dios mio!

JOSÉ. Ven.

MARIA. No entrareis.
(Corriendo á la puerta y defendiéndola con sus brazos estendidos.)
¡Matadme! mas la venganza
no alcance á él...

JOSÉ. ¡Ah! qué idea!
¡Aparta! *(Gran lucha.)*

MARIA. ¡Oh! ¡no! ¡no!

JOSE. ¡Aparta!

MARIA. Guarda esta puerta mi cuerpo
y mi cuerpo vuestras plantas
antes pisarán...

JOSÉ. ¡Maria!
¡Aparta!

MARIA. ¡Jamás!

JOSE. ¡Aparta!
ó loco y ciego á la par
que hace pedazos mi hacha

esa puerta, tu cabeza
caerá tambien...

(JOSE *levanta el hacha, la puerta se abre rápidamente y aparece Enrique, arrojándose al anciano y deteniendo su mano.*)

MARIA. (*Dando un grito aterrada.*)
¡Virgen santa!
JOSÉ. (*Dando un grito de feroz alegria.*)
¡El francés!
ENRIQUE. ¡El francés, si!
JOSÉ. ¡Por fin! ¡Dios me lo depara!

ESCENA XI.

DICHOS, ENRIQUE.

ENRIQUE. Pues quiso mi mala suerte
que viniese aquí á morir,
escucha, me vás á oir
desde el umbral de la muerte.
Yo en España al penetrar
ansiando láuros tejer,
al buscar á quien vencer
solo encontré á quien amar.
Y aun cuando mucho te aflija
por ser *un francés*, te digo,
poniendo á Dios por testigo,
que loco adoro á tu hija.
En tiempos de paz la ví,
en tiempos de paz me amó,
despues la guerra estalló
y yo de España partí....
Ella, por su mala estrella

volvió otra vez á encontrarme....
Si quieres puedes matarme,
pero ten piedad de ella.
Si su honor, manchó mi amor
lavar su deshonra quiero,
que sé como caballero
lavar las manchas de honor.

JOSÉ. ¿Qué dices?

ENRIQUE. Que yo su mano
humildemente te pido....
despues.... mátame.

JOSÉ. Qué he oido!
¿Su mano? ¡Dios soberano!
Escuchadme.—Aunque no os cuadre
quiero en tan cruda reyerta,
verla deshonrada y muerta
que hijos tenga de tal padre.

ENRIQUE. A los franceses aquí
nos tratais cual lobos fieros....

JOSÉ. Hienas, tigres carniceros
sois los de Francia....

MARIA. ¡Ay de mí!

ENRIQUE. Templad vuestra cruda saña....
¡Somos hombres...!

JOSE. No te asombres....
Los franceses, no sois hombres...
sois enemigos de España!

MARIA. ¡Padre!

JOSE. ¡Aparta!

MARIA. ¡Por piedad (*Arrodillándose.*)
Tened de mí compasion!
Oiga vuestro corazon
la voz de la caridad.
Usted que me enseñó á orar
y á creer y á bendecir,
no dé motivo á decir

que no sabe perdonar.
Que el Dios, que V. me enseñó,
el Dios á quien adoré,
perdonó—perdone usté
como mi Dios perdonó.
Ese Dios, faro de luz,
del bien, manantial fecundo,
murió bendiciendo al mundo
desde la sangrienta Cruz,
y al morir, sus ojos fijos
en la turba que le heria,
á su Padre repetia
«¡perdónalos, son tus hijos!»
¡Perdon! ¡perdon!

JOSE. ¿Callarás...?

MARIA. Hijo de Dios es tambien.
¡Es vuestro hermano!

JOSÉ. ¿Quién? ¿quién?
¿El francés?—Jamás, jamás.
Nada lograrán tus fines...
¡Tú morirás á mis manos!
Si todos somos hermanos...
¡los franceses sois Caines...!

MARIA. Mas... ¡padre!

JOSE. (*A Enrique.*) El hacha que vés
es de hierro fuerte y doble...
¡Si de un tajo raja un roble!
¿cuál no rajará á un frances?
Defiéndete, que á morir
en este momento vás...
Defiéndete.

ENRIQUE. No—jamás;
matadme...

MARIA. ¡Padre!

JOSE. ¿Reñir
no quieres con un anciano?

¿Te dá vergüenza esta empresa
ó es que el águila francesa
se ha convertido en milano?
(Tira del sable avanzando un paso, pero se contiene y dice:)

ENRIQUE. Este acero se tiñó
de sangre y al par de gloria,
arrancando la victoria
en Austerliz y en Eyló.

JOSÉ. Así tu valor exaltas
con hazañas que pasaron.

ENRIQUE. Mil siglos lo contemplaron
de las pirámides altas.
Escrita con sangre tengo
en este acero una vida
que fué á la victoria unida,
en Jena, Arcola y Marengo.
Azote duro de Italia,
terror de la altiva Prusia,
refrenador de la Rusia,
y gloria y prez de la Galia,
refresca á mi corazon
con grata y dulce memoria,
por ir unido á la historia
del grande Napoleon.
Para premiar su valor
de mi valor satisfecho,
esta cruz sobre mi pecho
prendió el mismo Emperador.

JOSÉ. Mas...

ENRIQUE. No te estrañe este alarde.
Solo te quise probar
que este acero, al arrojar,
(Lo tira á los piés de José.)
no arrojo acero cobarde.

JOSÉ. Mas, ¿que has hecho?

ENRIQUE. Ya lo vés...
No es implorar tu perdon.
Pues te robé un corazon,
pongo mi vida á tus piés.
Mátame.

MARIA. (¡Dolor intenso!)

ENRIQUE. Ceba en mi toda tu saña
y sabré como en España,
se mata á un hombre indefenso.

MARIA. ¡Padre!

JOSÉ. En la pátria del Cid
no se sabe asesinar...
pero yo te haré luchar
y matar en buena lid.
¡Perico!...

MARIA. *(De rodillas.)* ¡Véme á tus piés!
¡calla por piedad!

JOSÉ. ¡Que calle!...
Ven al valle, ven al valle...
que en el valle está el francés...
(A Enrique.) Toma del suelo tu espada...
y ella conquiste tu vida...

MARIA. Sálvate, Enrique...

ENRIQUE. Perdida
estás tú... ¿qué espero?... nada...
(Se oyen dentro, murmullos, voces y gritos de ¡Muera el francés! A estas voces sucede una gran pausa.)
Al fin saciais vuestro encono.

MARIA. ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Terrible suerte!
¡Escuchad! Me dais la muerte
soy un francés... y os perdono.
Y ahora meditad con calma...
que puede haber muchos hombres
que enemigos en los nombres

sean hermanos en el alma...

José. Ya llegan...

Enrique. Mi bien, mi amor...

Maria. ¡Huye por Dios!

Enrique. ¡Qué agonia!

José. Yo te inmolo ¡pátria mia!
su vida, mi hija, mi honor...

Perico. (*Dentro.*) ¡Muera!
(*Corriendo entran en la escena multitud de hombres armados unos con palos, otros con escopetas ó espadas, y precedidos de Perico.*)

Voces. ¡Muera!

Enrique. ¡Muera pues!

José. ¡Pude mi afrenta lavar!
Pero ¿cómo no matar
á este hombre si es francés?

ESCENA ÚLTIMA.

—

Dichos, Perico, hombres y mugeres.

Enrique. ¡Muera pues! cebad en mi
vuestro sangriento furor...

Perico. Por fin te hallé, y esta vez
no he de errar el tiro, nó. (*Apuntándole.*)

Maria. ¡Pedro! detente, ese hombre...,
¡es mi vida! ¡compasion!
Si tu le matas, me matas....
Es mi bien, mi amor....
(*Pedro se queda como petrificado y el fusil se le cae de las manos.*)

Perico. ¡Su amor!

Todos. ¡Muera! ¡muera! (*Apuntándole.*)

Perico. Deteneos
yo os imploro su perdon!

UNOS. ¡Afrancesado!
OTROS. ¡Cobarde!
PERICO. ¡Cobarde! ¡cobarde yo!
cuando arranco de mi pecho
pedazos del corazon....
VIEJO 1.º Nada podrán tus palabras.
ENRIQUE. ¿Quién os demanda favor?
PERICO. ¿No veis ese triste llanto?
ni me atendeis....
TODOS. ¡No! ¡no!
PERICO. Pues bien... para fusilarle
permitidme os dé la voz.
¡Apunten! apunten ¡fuego!
(Se *arroja en los brazos de Enrique abrazándole fuertemente.*)
Juntos caerémos los dos!...
TODOS. Perico.
ENRIQUE. ¡Hermano!
JOSE. ¡Hijo mio!
PERICO. ¡Y ahora soy valiente ó no?
MARIA. Déjame que entre los brazos
estreche tu corazon.
JOSE. ¡Eres un héroe, hijo mio!
ENRIQUE. Los dos sois héroes, los dos,
uno martir por la pátria
y otro....
PERICO. Víctima de amor...
Perdon, para el francés pido...
TODOS. ¡Perdon si! ¡Perdon! ¡Perdon!
PERICO. Sálvate.—Marcha de aqui.
JOSE. Esperad. Entre los dos
hay una deuda.—En sus manos
tengo mi honor, si, mi honor.
MARIA. ¡Padre!
ENRIQUE. Pagar esa deuda
anhela mi corazon.

JOSE. Soy médico de mi honra
y á curar á mi honra voy,
Pensé lavarla con sangre,
y, Dios, va lavarla, Dios!
En la ermita el sacerdote
os dará su bendicion
y al perdonar vuestro crímen
lavará mi deshonor.

ENRIQUE. ¡Señor!

JOSÉ. Tu á los primeros
rayos del próximo sol....
tu marcharás con los tuyos,
con los mios iré yo
y plegue á los santos cielos
no nos hallemos los dos.

ENRIQUE. Si nos separa la pátria,
amor hará nuestra union.
Ha de terminar muy pronto
esta campaña feroz,
y hermanos, serán queridos
el francés y el español.

JOSE. ¡Dios lo quiera! entonces vuelve,
vuelve pronto á mi mansion,
que si la pátria ahora pide
venganza del invasor,
esos ojos que son mios,
ese pobre corazon
me pide lo que no puedo
hasta entónces darte yo.
¡A la ermita!

PERICO. ¡Sed felices!

JOSE. ¡Vamos!

ENRIQUE. ¡Vamos!

(*Todos se dirigen á la ermita, Perico los vé marchar. No puede soportar la angustia y cae abrazando la cruz.*)

PERICO. El dolor
me mata el alma! Dios mio!
¡Que sean felices los dos!

(*La orquesta repite el motivo del primer coro.*

TELON.

DOS PALABRAS.



Cumplo con un deber, al dar aquí una prueba de gratitud á los Sres. D. Gonzalo Segovia y Ardizone y D. Luis Montoto por tanto favor, como han hecho á mi humilde obra en la prensa, con sus escelentes revistas y á los distinguidos artistas Sres. D. Maximino Fernandez, D. Rosendo Dalmau y las Señoritas Doña Amalia Maldonado y Doña Arsenia Velasco, por lo admirablemente que interpretaron mis pobres versos.

OBRAS DRAMÁTICAS

DEL MISMO AUTOR.

La Trasmigracion de las almas. (1)
Revista de Sevilla. (2)
Un Corazon en Peñaranda.
Estrella. Música del Maestro Monfort.
Un Tenorio casado.
Tres piés para un banco. (3)

NOVELAS.

Manuel.—Amores de un Estudiante.—Tres besos.
Olga.
Entre sombras.

EN PRENSA.

Articulos y poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Luis Montoto.
(2) Idem.
(3) En colaboracion con D. Felipe Perez y Gonzalez